Domingo 31 marzo 2002
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Mt 28,1-10

Resucitó, como lo había dicho

Durante la semana santa hemos recorrido junto con Jesús las etapas de su pasión y muerte. Después de haber vivido esos hechos sacramentalmente, ahora podemos experimentar todo el gozo de la resurrección de Cristo. No hemos recordado esos hechos como algo que quedó relegado al pasado, sino como algo que se hace presente hoy y que se hace vida en nosotros. Por eso el gozo que experimentamos por la resurrección de Cristo es algo propio que nadie puede discutir, pues esa resurrección nosotros la vivimos en primera persona. En efecto, por el bautismo, cada uno de nosotros compartió la muerte de Cristo y resucitó con Cristo a una vida nueva; hemos muerto a la antigua vida sometida a la esclavitud del pecado y hemos resucitado a la vida nueva de hijos de Dios. Pero el bautismo, que hemos recibido tal vez hace tantos años, es una realidad siempre actual, pues la vida divina que se nos comunicó entonces permanece y se desarrolla. Cada vez que celebramos la muerte y resurrección de Cristo revivimos esa experiencia de morir a la parte oscura de nuestra existencia y ser transferidos al reino de la luz. Esto engendra un gozo y una paz que las realidades de este mundo no nos pueden dar. El que no ha vivido esta experiencia en la fe no la conoce; no tiene noción alguna de ella.

La resurrección de Cristo es la verdad fundamental de nuestra fe; es la que da firmeza a todo lo que Jesús enseñó. En el misterio de su resurrección adquieren todo su sentido las palabras que Jesús había dicho a Marta ante la tumba de su hermano Lázaro: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11,25). La muerte no podía triunfar sobre quien se define de esa manera. A la luz de la resurrección de Cristo se comprenden las palabras que dijo a los judíos: "Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esta es la orden que he recibido de mi Padre" (Jn 10,17-18).

"Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro". Lo que se va a relatar ocurrió "el primer día de la semana". Por eso a este día se le llamará "día del Señor". El sábado era una institución inamovible para todo

judío. Para que los apóstoles, que eran judíos, comenzarán a celebrar el primer día de la semana en lugar del séptimo, tuvo que ocurrir algo extraordinario, algo superior a la creación del mundo, de donde se había originado el sábado. Ese hecho extraordinario, único en la historia, es lo que expresa el ángel que se apareció a esas dos mujeres: "Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado: no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho. Venid, ved el lugar donde estaba. Y ahora id enseguida a decir a sus discípulos: 'Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis'". Nada puede producir una impresión mayor que este relato evangélico de la resurrección de Cristo.

Jesús había anunciado al menos tres veces su pasión y muerte y también su resurrección. Pero los discípulos, entre ellos estas dos mujeres, no habían registrado esas palabras o no habían creído en ellas. Ni siquiera aceptaban que Jesús, a quien habían confesado como "el Cristo, el Hijo de Dios vivo", tuviera que morir; tanto menos se planteaba el tema de su resurrección. Por eso, el ángel, después de decir que ha resucitado, recalca: "como lo había dicho". Ellas no habían creído a Jesús; pero ahora, al escuchar la afirmación del Ángel del Señor y examinar el lugar donde había yacido el cuerpo de Jesús, creen; creen lo que Jesús había dicho.

Movidas por esta fe, "partieron a toda prisa del sepulcro, con temor y gran gozo, y corrieron a dar la noticia a sus discípulos". Ellas están decididas a repetir este mensaje: "Ha resucitado de entre los muertos". Las mujeres van "con temor y gran gozo". Tienen temor a causa de la visión del Ángel del Señor que se les apareció: "su aspecto era como el relámpago y su vestido blanco como la nieve". El evangelista explica que "los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos"; así no pudieron estorbar los movimientos de las mujeres que entraron y revisaron el sepulcro. Pero tienen "gran gozo" a causa de la resurrección del Señor en la cual ya creen.

Cuando iban corriendo "Jesús mismo les salió al encuentro y les dijo: 'Alegraos'". Podemos imaginar la impresión de la mujeres al ver a Jesús vivo y sin los dolores de su pasión. Su reacción fue "asirse a sus pies y adorarlo". Lo reconocen como su Dios y Señor. Todo judío tiene como primer mandamiento: "Yo soy el Señor tu Dios; no adorarás a otros dioses fuera de mí". Ellas reconocen

que ese Dios es Jesús y lo adoran. Así lo confesamos también nosotros cuando decimos acerca de Él: "Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero".

Anoche, en la vigilia pascual, donde se revivieron estos hechos salvíficos, más de doscientos veinte catecúmenos adultos recibieron los sacramentos de la iniciación cristiana –Bautismo, Confirmación y Eucaristía- en la Catedral y en varias parroquias de esta Arquidiócesis de Concepción. Ellos pasaron de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz, fueron purificados de todo pecado por la sangre de Cristo, fueron hechos hijos de Dios e incorporados a la Iglesia. Sumamos al gozo de la resurrección de Cristo la alegría de tener estos nuevos hermanos. Ellos son ahora "neófitos" y durante el tiempo pascual son ayudados por la comunidad a vivir plenamente su nueva condición de cristianos.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción